



Barcelona, 28.11.2005  
Discurso en la Cumbre Euromediterránea

Me corresponde hoy hacer dos papeles: el primero en mi condición de Presidente del Parlamento Europeo; el segundo, como Presidente de la Asamblea Parlamentaria Euromediterránea (APEM).

La APEM es uno de los hijos de la Declaración de Barcelona, la institución parlamentaria del Proceso de Barcelona. Incluye representantes del Parlamento Europeo y de todos los Parlamentos nacionales de la región euromediterránea.

La semana pasada, la APEM celebró una sesión extraordinaria en Rabat para formular recomendaciones dirigidas a esta Cumbre. No voy a resumirlas todas en mi intervención, pero aprovecharé esta oportunidad para esbozar algunas de las conclusiones a las que llegamos.

En una declaración final de diez puntos, hicimos un llamamiento a la Cumbre para que se consiguieran avances reales en los ámbitos político, económico, medio ambiental, social y cultural dedicando los recursos financieros necesarios.

También el Parlamento Europeo ha formulado una serie de recomendaciones detalladas dirigidas a la Cumbre.

Teniendo en cuenta las difíciles negociaciones que han llevado a cabo ustedes antes de esta Cumbre, debo resaltar que el Parlamento considera que los avances en los ámbitos de la democracia y los derechos humanos no han sido suficientes.

Las cláusulas de derechos humanos de los Acuerdos de Asociación deben traducirse en un programa de acción dotado de un mecanismo de evaluación periódica.

También debo recordar que los diez años del Proceso de Barcelona no nos han llevado muy lejos en la creación de un espacio de paz y prosperidad.

A pesar de los 3.000 millones de euros anuales de inversión comunitaria a través de las ayudas del programa MEDA y los préstamos del BEI, la frontera de Europa con el Mediterráneo sigue siendo la más desigual del mundo.

Ninguna otra separa niveles de renta tan grandes y tan cercanos.

En buena medida, este hecho, poco conocido, hace que el Mediterráneo sea hoy un condensado de todos los grandes problemas globales del Siglo XXI: desigualdad, migraciones, terrorismo, medioambiente, emancipación de la mujer, acceso al conocimiento.

En 10 años, el PIB per cápita de los Quince ha aumentado un 50%: ha pasado de 20.000 a más de 30.000 dólares. En los diez nuevos Estados miembros de la Unión, ha pasado de 6.000 a casi 15.000 dólares. En el mismo período, en la cuenca sur del Mediterráneo, la renta per cápita se ha estancado, pasando de algo menos de 5.000 dólares a algo más de 5.000 dólares.

Y las relaciones comerciales siguen estando extraordinariamente desequilibradas.

Exceptuando los países productores de petróleo, la Unión ha doblado su superávit comercial con los países mediterráneos. De 15 billones de dólares en 1990, a 29 billones de dólares en 2003.

Como concluyó la APEM, es evidente que la brecha que separa ambas orillas amenaza con convertirse en una fractura permanente.

¿Cómo se explica que se mantenga esa brecha a pesar de las grandes inversiones públicas por parte de la UE?

En parte, se trata de una simple cuestión demográfica. El aumento demográfico en la región es tal que sólo para mantener las actuales tasas de paro habría que crear 35 millones de empleos de aquí al 2015.

Pero hay otra razón más importante: la inversión privada no ha acompañado la pública.

Y la inversión privada no podrá tener éxito sin un marco regulatorio adecuado. Y este marco exige una reforma de los sistemas de gobernanza en la región. Y la mejor garantía para ello son unas estructuras democráticas sólidas que aseguren el avance de las reformas y se encarguen de controlar su aplicación.

Resumiendo: los objetivos económicos y políticos del proceso de Barcelona son indivisibles y complementarios. No debería sorprendernos que el bloqueo en los objetivos políticos haya causado la desaceleración de los objetivos económicos.

Tenemos hoy una segunda oportunidad. Y es probable que sea nuestra última oportunidad de ofrecer al proceso el impulso político necesario para alcanzar esos objetivos.

El Plan de Acción que vamos a aprobar hoy, contiene algunos avances respecto a la Declaración de 1995.

Especialmente en lo que se refiere a la importancia que concede al medio ambiente y al desarrollo sostenible, y a los derechos de la mujer.

Especial y urgente atención merecen los problemas del medioambiente. En el año 2000, 45 millones de personas sufrían una escasez de agua extrema; en 2025 esa cifra habrá aumentado hasta los 63 millones.

Hago aquí un llamamiento para que las decisiones que se adopten hoy se inscriban entre los puntos más importantes en la agenda de la política exterior de la Unión.

Las fechas tope en las diferentes iniciativas figuran en el texto que será adoptado en la Cumbre. Es de suma importancia para la credibilidad de nuestra Asociación cumplir con estos plazos. Deberán ser respetados si queremos demostrar que tenemos voluntad política para resolver los problemas de nuestros ciudadanos. Sin su confianza, no habrá apoyo popular al Proceso EuroMediterráneo.

Nuestros objetivos no podrán alcanzarse sin una presión continua y sostenida en este sentido por parte de cada uno de los presentes en esta sala de conferencias.

Los desequilibrios demográficos y de renta son tan graves que grandes flujos migratorios serán tan inevitables como necesarios. Pero no puede haber inmigración sin integración positiva. De lo contrario, la sociedad europea no soportará las tensiones interculturales, étnicas y religiosas.

Las consecuencias de un fracaso serían un choque de civilizaciones que nos veríamos incapaces de gestionar.

Espero, por lo tanto, que todos podamos asumir nuestras responsabilidades y poder mirar atrás a esta Cumbre como el momento en que nuestra Asociación pasó de una fase de desarrollo de

sus fundamentos y estructuras, a otra en la que usemos estas estructuras para lograr resultados concretos.

Muchas gracias.

**FONT: Parlament Europeu**